

El traje que más detesta

Mario Bellatin

Los pensamientos de un escritor se deslizan en torno a sus recientes encomiendas artísticas, desde la aparición de un nuevo libro hasta su participación en la filmación de una película en Ciudad Juárez y un viaje a Brasilia. ¿A quién se dirige esta voz que divaga? ¿Cuánto es real y cuánto imaginario? El inclasificable escritor Mario Bellatin entrega un ejercicio de engañosa confesión.

1- No quiero ser obvio afirmando que abril es el mes más cruel, pero no puedo dejar de aplicar una frase semejante cuando me enfrento a tus palabras. Me escribes precisamente el día en que estás en forma constante en mi pensamiento. Precisamente vengo de presentar, en un auditorio del centro, el libro que hicieron sobre el congreso que sobre mi obra se llevó a cabo en la Universidad de Brown. Hoy me informaron también que ya entró en prensa *El libro uruguayo de los muertos*. ¿A quién le dedico esa obra realmente? ¿A ti? ¿A mi idea de ti? ¿A lo que produce de vez en cuando en mi alma el fantasma de ti? Aquella especie de aura, que procuro se mantenga siempre en esa condición para que la utopía, lo imposible, se mantenga siempre sin tocar nada concreto. Creo que un ejercicio semejante me permite convencerme una vez más de que no hay nada más deleznable que lo real. O quizá lo hago más bien para aceptar que el juego funciona sólo si soy al mismo tiempo las fichas negras y las fichas blancas. Estas preguntas, estas dudas, me llevaron a llorar durante varias horas seguidas. Lo hice inmediatamente después de que tu nombre quedó sellado para siempre con la publicación de *El libro uruguayo de los muertos*. Mantuve ese trance en un cuarto de hotel. Desde hace casi tres meses vivo prácticamen-

te en estos lugares. No tengo ya casa. Todo no es más que tránsito. Las cosas adquieren un tono de fugacidad parecido al que sentí al conocerte. En aquella ocasión te tomé como si fueras algo así como un soplo, un lugar escondido, blindado de sospechas. Me da miedo ese texto. *El libro uruguayo de los muertos*. Las reacciones inusitadas que seguramente me causará recibirlo. De alguna manera debo prepararme para responder a la pregunta que me harán una y otra vez: ¿A quién le has escrito algo semejante? Quizá por eso me escondo. Me oculto sin que nadie siquiera lo sospeche. Puede ser que semejante desaparición tenga que ver con este viaje interminable que desde hace meses vengo realizando. Con esta ruta hacia la muerte. No creo que lo sepas, pero la semana pasada terminé de filmar una película en Ciudad Juárez. En ella trato de mostrar la manera como un grupo de personas intenta estrenar una ópera en medio de la desolación y del peligro más absolutos. Durante las mañanas, la tarea del grupo de filmación consistía en contar los cadáveres aparecidos la jornada anterior. Para eso visitamos algunas agencias policiales, revisamos las primeras planas de algunos diarios, o nos limitamos a recorrer la ciudad. No pensamos nunca fotografiar a ninguno de esos muertos. Pensamos que no era necesario.

No deseamos tampoco recoger los testimonios de los testigos o de los deudos. Queríamos que ese conocimiento —el que nos otorgaba la contabilización de cadáveres— nos sirviera sólo para obtener el tono que debía mantener la filmación. En las tardes, en cambio, ensayábamos la ópera con un pequeño grupo de niñas —muchas de ellas con características similares a las que desaparecen todos los días en aquella ciudad—, y con un grupo de niños sicarios que se encontraban recluidos en una institución diseñada para menores. Aunque no se aprecie de manera explícita, la obra está separada una de otra —dentro de sí misma— por la línea impuesta entre los asesinos y sus víctimas. Es que los dos bandos aparecen en escena. Está separada también por el adentro y el afuera que muestra una ciudad de esas características. No había relación entre las agitadas mañanas de filmación de los muertos, y la seguridad con la que en las tardes íbamos sacando adelante la ópera que se intentaba llevar a escena. Sólo en la sala de edición, y ahora que la película será proyectada, se podrá apreciar la visión completa de una realidad hasta cierto punto inverosímil. De una realidad de la cual nos interesó mostrar el resto, el pequeño testimonio, las huellas que dejó y sigue dejando el horror transformado en un elemento cotidiano. Cada una de las acciones la tuvimos que realizar de manera apresurada. Incluso la de cruzar la frontera de forma ilegal sólo para ver si eran efectivos los agentes de la Border Patrol. Para eso atravesamos aquella línea fronteriza, que como una suerte de animal maligno se introduce por los lugares más inusitados de la ciudad. El tiempo límite con el que contábamos para las incursiones diurnas era el de las tres de la tarde. Por las zonas que recorríamos, estar presentes después de esa hora no tenía ninguna justificación y nos hacía presas fáciles de caer en las redes de cualquiera de los cientos de mafias que operan de manera impune en cualquier recodo urbano. A partir de las siete debíamos interrumpir los ensayos y partir a guarecernos para pasar la noche dentro de las medidas de seguridad más efectivas que pudiésemos encontrar. Muchas veces, periodistas o personas, que fuimos conociendo durante el rodaje, quisieron darnos detalles de las cosas que sucedían. Trataron de involucrarnos en algunos de los temas que acompañan a las acciones infames que ocurren con frecuencia en aquella ciudad. Pero debí advertir al resto del grupo que hicieran lo posible por no escuchar esos relatos. Que teníamos más que suficiente con lo que veíamos durante las jornadas matinales de trabajo. Durante el día acostumbábamos visitar lugares donde se aplica, en unos pequeños puestos acondicionados de manera precaria, heroína a los habitantes. Nos dedicábamos a observar cómo las prostitutas atendían a los clientes en las propias aceras dentro de tiendas de campaña. Acostumbábamos asimismo a revisar las casas abandonadas que im-

provisio aparecen por todas partes. Buscábamos entre los escombros de estas viviendas —que muchas veces conservaban sus cascarones intactos— zapatos de bebé, cuchillos de cocina, alguna página perdida del Nuevo Testamento, frascos de medicina cuyas fechas de caducidad estaban ya vencidas. La semana anterior a que comenzara la filmación estuve en Brasilia —la ciudad maqueta deslucida y antiquísima por su propia idea de modernidad—. Pasé los seis días de mi estancia encerrado en una habitación de hotel. Se trataba de un cuarto con balcón ubicado en un edificio del centro de la ciudad. Desde esa altura media se veía —con cierta calma pasmosa— una arquitectura que se presenta —lugar común— como antihumana. El día de mi llegada hablé frente a un público reunido en una gran carpa. Mi intervención fue interrumpida de pronto por una orquesta que comenzó a tocar en la carpa de al lado. Entonces los asistentes, para que nos pudiéramos comunicar, tuvieron la idea de sentarse en el suelo en el escenario. Así estuvimos todos juntos durante más de dos horas. Hablándonos entre nosotros. Con esa intervención se acababa el motivo por el cual me encontraba en el congreso. Pese a esto, la invitación duraba una semana completa. Yo había pensado al aceptar que me tenían reservadas otras actividades. Pero no. Estaba invitado por una semana completa y mi presencia sólo era requerida por unas horas el día de mi llegada. En una ciudad donde no existe la opción de salir a caminar ni de ir a ningún sitio —todo lo miraba desde mi pequeño balcón— no tuve otra salida sino la de escribir. En esos días redacté uno completo además. *En el ropero del señor Bernard se encuentra el traje que más detesta.* Durante el trance que duró la escritura miré muchas veces por el balcón. La desolación que se mostraba había sido diseñada de manera casi perfecta. Frente al hotel se levantaba una de las dos inmensas antenas de televisión con las que cuenta la ciudad. Los fines de semana era posible subir hasta la cúspide. No quise hacerlo. No deseaba enfrentarme a esa ciudad más allá de lo que me era posible hacer desde mi balcón. Pensaba que parte del impacto que me causaba podía estar relacionado con la altura en la que me encontraba. Solamente la había visto desde otra perspectiva cuando llegué del aeropuerto y en el camino de ida y vuelta a la carpa gigante. En esas ocasiones lo que vi no llamó demasiado mi atención. Es por eso que sólo deseaba verla desde mi cuarto. El sentimiento de desolación que me causaba observarla era similar al que había sentido en Ciudad Juárez. Las dos erigidas como una suerte de hermanas gemelas, cuya hermandad se encuentra precisamente marcada por lo diferentes como se presentan. No creo que haya dos urbes más distintas que Ciudad Juárez y Brasilia. Una construida a la mano de Dios y la otra planificada hasta en el menor de sus detalles. Sin embargo, ambas me proporcionaban una

sensación semejante. En Brasilia, salvo en los momentos de lluvia, el cielo casi siempre es el mismo. De un azul uniforme desde las primeras horas de la mañana hasta el anochecer. Se muestra a todas horas plano, sin fisuras. A lo lejos alcanzaba a ver la Catedral. También el Paseo de los Ministerios. Cada edificio se erigía solitario, rodeado únicamente de jardines igualmente planos. Debajo de mi balcón había, eso sí, un pequeño árbol. El único a varios metros a la redonda. Bajo su sombra se guarecían, apiñadas a más no poder dentro de los límites de la oscuridad, muchas personas. Advertí que se trataba de aquellos que esperan durante el paso del esporádico transporte de servicio público.

2- La ciudad de Lima me hace daño. Yo me hago daño. Tú me haces daño. Y precisamente todo ese daño es lo que me permite vivir. No tengo nada. Lo tengo todo. Atrapado desde niño en un misterio que no podré resolver. Confiando desde esa edad sólo en mi dedo meñique —el izquierdo— y en la ceja que hace poco quedó destrozada por el accidente que sufrí mientras probaba una bicicleta hecha de bambú.

3- Durante los escasos días en que he estado en mi casa he tomado clases de monociclo. El maestro me asegura que en un lapso de tres meses podré trasladarme en aquel vehículo hasta un parque que ostenta una escultura del David en el centro de una fuente.

4- En este momento cuento con una psicóloga húngara que me atiende cada semana durante cuatro horas seguidas sentados los dos en la terraza de un café.

5- ¿Qué crees que extraño de ti?

6- ¿Ateo? ¿Agnóstico? Siento que me ocultas cambios. Si tan sólo pudiera hacer que tú y el yo que no eres pudiéramos escoger cada uno las fichas blancas o las negras. No quiero imaginar las alturas a las que un juego semejante sería capaz de elevarnos.

7- Por ahora continúo en la habitación del hotel. Pero este cuarto ya no se encuentra ni en Ciudad Juárez ni en Brasilia. Me faltan por habitar todavía algunos cuartos más. Por eso pienso que me está permitido el llanto silencioso. Es la única alternativa a seguir —llover como para uno mismo— aprovechando que todo lo que puede ser capaz de encontrarse en una habitación semejante es algo transitorio. Algo similar al soplo en que te convertí.

8- Haré todo lo posible por tomar una foto de *El libro uruguayo de los muertos*.

9- Esta noche la luna está más intensa. Mi terraza ahora da al mar. Me encuentro en California, pero aparece de pronto el rumor de los disparos nocturnos de Ciudad Juárez. El olor a pólvora se mezcla con el que produce el océano en marea alta cuando se estrella contra las rocas.



Ventanas o balcones

10- ¿Qué más te puedo decir que no te haya expresado ya con mi silencio? Como ves, no estoy preparado para seguir tu consejo. Aquel que me diste durante aquel instante congelado en una calle del Village: si quieres algo, por favor pídelo.

11- Lo único que escucho en este momento es el sonido del mar que se encuentra frente a mi nuevo hotel. Debo dormir. Sin embargo, el recuerdo de tu persona ha hecho que comience a llorar.

12- Mañana debo comenzar a filmar. Otra película, no el musical de Ciudad Juárez. Por ese motivo me encuentro en este hotel. Mañana me recogerán muy temprano en la mañana e iremos con un equipo de filmación con dirección al centro del estado. Nos alejaremos algo de la costa.

13- Tenemos pensado ir a una comunidad llamada Chino. A ese lugar se llega por una desolada carretera donde de vez en cuando se ven aparecer algunos Walmart o pequeños centros comerciales.

14- Deseamos ir a ese lugar con el fin de hacer un largometraje en tan sólo una jornada. La posible historia se desarrollaría alrededor de un grupo de personas —gay en su mayoría— que crían perros de razas poco comunes. Queremos mostrar a estos personajes que se interesan de manera desmedida en perros de razas muy antiguas, prehistóricas muchas de ellas.

15- Tenemos la idea de realizar una película donde aparezcan hombres y mujeres que se entusiasman en mantener vigentes ejemplares similares a los que aparecen en los sarcófagos egipcios, en las pinturas rupestres, en las vasijas caldeo-asirias.

16- En la película cada uno de los propietarios entabla un diálogo conmigo. Me hago pasar por un mexicano importante, con mucho dinero, quien no entiende ni el idioma que le hablan ni la realidad que lo circunda.

17- En la película soy un mexicano que por alguna extraña razón piensa que esos perros de razas antiguas lo ayuden en el hándicap que presenta —la falta de brazo derecho—. Un extranjero que necesita un guía que lo ayude a cargar las bolsas de la compra principalmente.

18- Fue entonces cuando esos californianos comenzaron a contar historias acerca de sus salukis, fharahounds, basenjis, borzois, podencos.

19- Al regreso de la expedición estuve satisfecho con el material recolectado.

20- Ahora tendré no una sino dos películas. *Bola Negra*: el musical de Ciudad Juárez, y *Bajoú*, que se refiere al sonido que emite el perro de raza basenji ante su imposibilidad atávica de emitir un ladrido. Sin embargo, al pensar en ti no puedo dejar de pensar en el trillado verso que describe cómo abril es el mes más cruel. **u**



Sólo blanco